

SCHREBER Y SU ENSEÑANZA

*Marcelo Novas*¹

Resumen

En este artículo se abordarán las propuestas de Sigmund Freud y Jacques Lacan sobre el proceso identificatorio a partir de los efectos que la lectura de la obra de Daniel Paul Schreber tuvo en sus producciones. Así se espera reflexionar sobre lo que el psicoanálisis, a partir de la lectura de las *Denkwürdigkeiten eines Nervenkranken*, puede aportar a la enseñanza entendida como campo, donde las producciones inconscientes necesariamente tendrán efectos. Se espera mostrar cómo a partir del interés por el nombre propio, el psicoanálisis puede proponer al significante y al signo como elementos a trabajar en el proceso identificatorio.

Palabras clave: psicoanálisis, identificación, enseñanza.

SCHREBER AND HIS TEACHING

Abstract

This article deals with the proposals of Sigmund Freud and Jacques Lacan on the process of identification in relation to the effects that reading the work of Daniel Paul Schreber had in their productions. The aim is to reflect on what psychoanalysis and its reading of *Denkwürdigkeiten eines Nervenkranken* can contribute to teaching, understood as a field where unconscious productions will necessarily have their effects. This article intends to show how having an interest in the proper name, psychoanalysis can propose the signifier and the sign as elements to work on in the process of identification.

Key-words: psychoanalysis, identification, teaching.

Recibido: 13/08/16

Aceptado: 15/10/16

¹ Facultad de Psicología, Universidad de la República, Montevideo, Uruguay.

SCHREBER Y SU ENSEÑANZA

*Marcelo Novas*²

Jacques-Alain Miller: ¿Es que acaso en la paranoia, el significante representa al sujeto para otro significante?

Jacques Lacan: En la paranoia, el significante representa un sujeto para otro significante.

Jacques-Alain Miller: ¿Y usted puede situar allí "fading", objeto a...?

Jacques Lacan: Exactamente.

Jacques-Alain Miller: Esto habría que mostrarlo.

Jacques Lacan: Seguramente esto habrá que mostrarlo, es cierto, pero no lo mostraré esta noche. (Lacan, 2007, p.30)

Psicoanálisis, enseñanza, aprendizaje

El 14 de abril de 1911 moría Daniel Paul Schreber. Desde 1903, año de publicación de sus *Memorias de un enfermo nervioso* (Schreber, 1999) su obra no ha dejado de ser leída desde diferentes campos del conocimiento. Dentro del psicoanálisis diversos acercamientos a la misma han tenido lugar, y en este escrito nos detendremos particularmente en el abordaje de Sigmund Freud en sus *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (dementia paranoides) descrito autobiográficamente* (Freud, 1980), y el de Jacques Lacan, pero no desde lo propuesto en su tercer seminario público *Las psicosis* (Lacan, 1993), sino a partir de algunas de las ideas trabajadas en el noveno seminario, *La identificación* (Lacan, 1961-62). Roberto Calasso nos informa que rápidamente desde la psiquiatría y el psicoanálisis el texto de Schreber comenzó a ser leído, debiéndole Freud a Jung el hecho de haberle advertido sobre la existencia del mismo. De esta forma, diferentes psicoanalistas proponen sus lecturas. La lista es extensa, a los nombres de Freud y Jung, debemos agregar el de Maurits Katan, Franz Baumeyer y William Niederland (Calasso, 1994, p.190). Calasso también nos informa

² Miembro de la Línea de Investigación *Enseñanza y Psicoanálisis (EnPsi)*, dirigida por Ana María Fernández Caraballo (Departamento de Enseñanza y Aprendizaje, Instituto de Educación, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República).

que desde fuera del psicoanálisis el único gran intento de lectura ha sido el de Elías Canetti en *Masa y poder* (Canetti, 2009). Pero dentro del campo ‘psi’ para Calasso la obra más brillante, luego de la propuesta freudiana, es *El asesinato del alma* de Morton Schatzman (Schatzman, 1999). En el prefacio de su obra Schatzman plantea:

Sería importante saber si los padres y las sociedades que adoptan la obediencia y la disciplina como objetivos preeminentes de la educación infantil tienen más, menos o las mismas probabilidades que otros padres y sociedades de llevar a los niños a la locura. Las ideas del Dr. Schreber, padre, acerca de la vida familiar reflejan, como una caricatura, las ideologías ampliamente difundidas en el mundo occidental ‘liberal’ de hoy en día: los varones adultos tienen que ser dominantes; la sexualidad de los niños y adolescentes tiene que ser dominada; los padres, por ignorantes, fanáticos o intolerantes que sean, tienen que supervisar la moral de sus vástagos hasta por lo menos el final de la adolescencia; y los niños tienen que aprender pronto a someterse, a menudo sin críticas, a la voluntad de sus padres. (Schatzman, 1999, p. 2)

Esto nos lleva directamente a pensar la relación entre las concepciones de enseñanza y aprendizaje y qué podría proponer el psicoanálisis al respecto. Tengamos presente que el psicoanálisis parte de la hipótesis que cuestiona la noción de individuo al proponer a un sujeto dividido. Veamos lo que Ana María Fernández Caraballo nos dice al respecto:

A fines del siglo XIX y principios del XX surge la psicología experimental con el objetivo de hacer de la psicología una ciencia según el modelo positivista. A partir de entonces las teorías pedagógicas se apoyaron en los estudios psicológicos que le prestaron una noción de sujeto y de conocimiento, y por lo tanto un *modo de concepción del aprendizaje*. En forma muy esquemática es posible señalar que la *Denkpsychologie* (psicología del pensamiento, hoy nombrada como psicología cognitiva) tiende a un *ideal de desarrollo* y se funda en una idea central que afirma que hay unidad psíquica, hay un lugar de control mental, psíquico, volitivo, cognitivo, que conforma dicha unidad. (Fernández Caraballo, 2014, p. 22)

Ese lugar de unidad psíquica algunos quisieron encontrarlo en la noción de ‘yo’, pero si algo logró Lacan fue mostrarnos que el yo no debe confundirse con el sujeto. Adrián Villalba (2012, p. 112) nos recuerda que Lacan en *Aún* plantea que no debería ser en el yo donde deba ponerse el acento de la enseñanza, “es decir en lo que el yo pueda proferir, sino en el *de*, o sea, de donde viene eso, esa enseñanza cuyo efecto soy” (Lacan, 1981, p. 38). ¿Habría entonces posibilidad de aprendizaje en el psicoanálisis? Fernández

Caraballo nos propone “pues bien, aquello denominado aprendizaje en psicoanálisis se encuentra en los primeros descubrimientos analíticos: el trauma, la fijación, la reproducción, la transferencia” (Fernández Caraballo, 2014, p. 34). Desde todos esos lugares Daniel Paul Schreber tiene lo que transmitirnos.

Psicoanálisis y psiquiatría: ¿demencia precoz, esquizofrenia o parafrenia?

Trataremos de contextualizar cuál fue el intercambio, o quizá la interrelación entre el psicoanálisis y la psiquiatría para luego poder introducirnos en los textos freudianos. Pero comencemos con un poco de historia.

Fue Kahlbaum, quien hacia la mitad del siglo XIX, desarrolló para la psiquiatría alemana un criterio que tuvo el carácter de doctrina para esta disciplina, y que consistía en apoyar los ordenamientos según los datos que aportara la observación del desarrollo de la enfermedad a través del tiempo. Los diagnósticos que se realizaban según este criterio debían permitir reconstruir la evolución de la enfermedad hasta el momento de su observación y aún determinar su pronóstico o evolución futura. De esta forma se dio lugar a la determinación de entidades clínico evolutivas, criterio que adoptó Emil Kraepelin y que constituye el fondo sobre el que se dibujó la quinta edición del tratado de psiquiatría de este autor (Cancina, 1992, p. 11). Desde el comienzo el intento clasificatorio de Kraepelin se orientará paulatinamente hacia una delimitación estrictamente clínica de los trastornos y así superará un primer ordenamiento puramente sindrómico para, ya en la cuarta y quinta edición, ajustar su criterio clínico con la determinación de lo que recibía el nombre de entidad clínico evolutiva (Cancina, 1992, p. 11). El punto de vista nosológico de Kraepelin se sostenía de tres parámetros básicos: el anatomopatológico, la etiología y la clínica; cuando los dos primeros criterios no eran suficientes para una hipótesis, lo clínico se volvía fundamental. Y es en la cuarta edición de su tratado donde Kraepelin separa la paranoia del grupo de las parafrenias (Miller, 1993, p. 10). Si prestamos atención a lo que Freud propone en su texto en relación a la nosografía, podemos inferir que Freud está leyendo una versión posterior a esta cuarta edición por lo menos (Cancina, 1992, p. 11). El tratado de Kraepelin conoció ocho

ediciones; y es con la sexta edición que Daniel Paul Schreber se defiende en su alegato para obtener que se le levante la curatela que sobre él pesaba.

El término paranoia en Kraepelin hace pareja con demencia precoz. Como concepto, la paranoia tiene un lugar muy circunscripto, a diferencia de la demencia precoz que es un grupo más extenso y que además incluye las paranoias mal sistematizadas como por ejemplo la demencia paranoide, siendo este precisamente el diagnóstico de Schreber, diagnóstico que Freud toma. Este término, paranoia, es un término de Griesinger y data de 1845; y a su vez es retomado por Kahlbaum en 1863. El término esquizofrenia pertenece a Eugen Bleuler y aparece en 1911 en su obra “Demencia precoz o el grupo de las esquizofrenias”, como se ve uno es previo a la entrada del psicoanálisis en el concierto de los saberes, el otro posterior. Pero *demencia precoz* es un concepto que aparece en la cuarta edición del tratado de Kraepelin en 1893. El capítulo ‘Demencia precoz’ en la quinta edición tiene 31 páginas, en la octava edición, edición ya influenciada por el texto de Bleuler, alcanza las 300. Vemos que, en un lapso de más o menos 15 años, el concepto, al menos en el espacio que ocupa materialmente, se decupla (Miller, 1993, p. 11). Como se ve, tenemos tres términos: demencia precoz, parafrenia y esquizofrenia.

Mas en esta disputa conceptual en la nosología, el término que triunfa es el de esquizofrenia. Podemos decir que el concepto bleuleriano de esquizofrenia, cuya invención se inscribe entre la séptima y octava edición del tratado de Kraepelin, es una producción tributaria del discurso analítico, es el resultado del trabajo que los conceptos del psicoanálisis operaron sobre el material kraepeliniano, debido al trabajo de Bleuler (Miller, 1993, p. 17). Freud, en un trabajo de delimitación nosográfica de 1911 propone:

Entiendo que lo más adecuado es bautizar a la *dementia praecox* con el nombre de “*parafrenia*”, que, en sí mismo de contenido indeterminado, expresa sus vínculos con la paranoia (que conservaría su designación) y además recuerda a la hebefrenia incluida en ella. (Freud, 1980, p. 70)

Pero Freud, médico neurólogo, no logra imponer su criterio a la psiquiatría.

Vemos así que 1911 es un año impar en muchos sentidos, crucial en toda esta producción, año en que aparecen el libro de Bleuler sobre la esquizofrenia, el libro de Jung sobre la libido y el libro de Freud sobre Daniel Paul Schreber. Es fundamental para

comprender todo este período de la producción freudiana poder leer la correspondencia que Freud mantenía por ese entonces con investigadores como Jung, Ferenczi y Abraham y cómo el texto de Schreber es permanentemente citado en tales intercambios.

Antes de Schreber

Freud ya se había ocupado de la psicosis en sus textos, así lo vemos por ejemplo en sus escritos de 1894 *Las neuropsicosis de defensa* (Freud, 1981a) y el de 1896 *Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa* (Freud, 1981b). Lo que se veía en esos textos es el escepticismo freudiano en relación al tratamiento de la psicosis, pero a la vez la inclusión de dicha problemática dentro del campo de producción del psicoanálisis. En el texto de 1894 el caso presentado por Freud aparece como una forma de defensa mucho más enérgica en la cual “el yo desestima (*verwerfen*) la representación insoportable junto con su afecto y se comporta como si la representación nunca hubiera comparecido” (Freud, 1981a, p. 59), y agrega:

El yo se arranca de la representación insoportable, pero esta se entrama de manera inseparable con un fragmento de la realidad objetiva, y en tanto el yo lleva a cabo esa operación, se desase también, total o parcialmente, de la realidad objetiva (Freud, 1981a, p. 60).

Este tipo de problemas clínicos son los que retomará Freud en sus textos de 1911 *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (dementia paranoides) descrito autobiográficamente* (Freud, 1980), *Neurosis y psicosis* de 1923 (Freud, 1979f) y *La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis* de 1924 (Freud, 1979g).

En su artículo de 1896 *Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa* (Freud, 1981b), Freud presenta un caso tratado por él con su método, y lo que este escrito muestra es que la etiología se puede dilucidar a partir de la aplicación del método, lo que muestra la imbricación entre el método, la técnica y la teoría. ¿Qué es lo que vemos? Vemos que hay inconsciente y este es de carácter sexual. En este historial, el reproche que sufre la paciente, a diferencia de la neurosis obsesiva, no es autorreproche, sino que le viene de afuera, desde el exterior, mecanismo que Freud denominará proyección. Como se ve, ya por esos tiempos las preocupaciones freudianas sobre las psicosis giraban en torno a estos tópicos. El problema era entonces la inadecuación del

dispositivo analítico para el tratamiento de la psicosis, inadecuación del dispositivo que fue creado a la luz del síntoma neurótico, y para un sujeto ordenado de esa manera.

Efectos de lectura

La lectura que Freud hizo de las memorias de D. P. Schreber generó una serie de movimientos en la teoría psicoanalítica, que producirán una sucesión de artículos que grafican en qué sentido se desarrolla la misma. Quizá como caso paradigmático podamos proponer *Introducción del Narcisismo*, texto de 1914 (Freud, 1979c) que marca una inflexión en el Psicoanálisis, cuyo resultado doctrinal más evidente será la propuesta de la segunda tópica del aparato psíquico que Freud propone en *El Yo y el Ello* de 1923 (Freud, 1979e), nueve años después de este texto sobre el narcisismo, doce años más tarde que la publicación del ensayo sobre Schreber. Si bien lo que produce la introducción del narcisismo es nodal, no menos importante son otras líneas teóricas que aborda este análisis. Escuchemos cómo cierra Freud su escrito de 1911:

Por último, no concluiré este trabajo, que a su vez no es sino un fragmento de un contexto más vasto, sin anticipar las dos principales tesis hacia cuyo puerto navega la teoría libidinal sobre las neurosis y psicosis: que las neurosis brotan en lo esencial de conflictos del Yo con la pulsión sexual; y que sus formas guardan las improntas de la historia de desarrollo de la libido...y del Yo. (Freud, 1980, p. 73)

Como ve, en estas pocas líneas podemos reconocer diversas líneas de trabajo que aparecerán poco después desarrolladas en varios artículos. Por ejemplo, Freud dice ‘conflictos del Yo con la pulsión sexual’, y no podemos dejar de pensar en *La represión*, artículo de 1915 (Freud, 1979d) enmarcado dentro de sus ensayos metapsicológicos. Podemos decir que en determinado punto del recorrido freudiano, este autor debe hacer una puesta a punto de los aspectos metodológicos y técnicos que hacen a su propuesta de acercamiento al psiquismo, y propone lo que se conoce como los trabajos sobre técnica psicoanalítica. De igual forma, podemos decir que luego de estas *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente* (Freud, 1980) Freud debe ocuparse de la teoría que sustenta su método y propone su Metapsicología. Es a partir de las interrogantes que Freud se plantea

por estos años que luego veremos aparecer un nuevo modelo pulsional, una segunda tópica, una nueva teoría sobre la angustia. Como se ve, dentro de los problemas que Freud encuentra en su trabajo clínico, está el de la materia con que está hecho su trabajo y quizá por eso no debemos perder de vista la profunda y delicada imbricación que en el método psicoanalítico tiene la teoría, la técnica y la ética. De la posición que uno asuma al trabajar dependerá lo que pueda producir de su escucha clínica, y de esto último están formadas las hipótesis que alimentan y dirigen el trabajo clínico. El que esa dialéctica no se interrumpa depende del delicado equilibrio que el método analítico propone.

El hijo de Pauline

Tratemos ahora de ver quién era Daniel Paul Schreber. Daniel Paul nace el 25 de julio de 1842 en Leipzig, hijo de Daniel Gottlob Moritz Schreber y de Pauline Haase, siendo el tercero de cinco hermanos y siendo el segundo varón: Daniel Gustave, tres años mayor; Anna, un año mayor; Sidonie, cuatro años menor y Klara, seis años menor que Daniel Paul. En noviembre de 1861, cuando Daniel Paul tenía 19 años, muere su padre a la edad de 53 años. En 1877 cuando Daniel Paul tiene 35 años se suicida Daniel Gustave. Un año después de esto, en 1878, Daniel Paul contrae matrimonio con Sabine Behr (García, 1997, p. 134). La primera enfermedad de Daniel Paul ocurre entre el otoño de 1884 y fines de 1885; es internado en la clínica de Flechsig durante seis meses y su dolencia fue considerada como un acceso de hipocondría (Freud, 1980, p. 13). En este año de 1884 Daniel Paul es candidato a la cámara baja del Reichstag por el partido del canciller Bismarck. En 1886 comienza su trabajo en el tribunal regional de Leipzig. En junio de 1893 se le informa de su próxima designación para el Superior Tribunal de Dresden, y entre este anuncio y su asunción ocurren el sueño de recaída en la enfermedad y la fantasía de duermevela en la que siente que debe ser muy hermoso ser una mujer sometida al acoplamiento (Freud, 1980, p. 14). El primero de octubre de 1893 asume su cargo y a fines de ese mismo mes comienza su segunda enfermedad, que comienza con tenaces insomnios e ideas hipocondríacas. Escuchemos el informe que transcribe Freud:

Al comienzo de su estadía allí (en la clínica de Leipzig, dirigida por Flechsig) él exteriorizó más ideas hipocondríacas, se quejaba de padecer

de un reblandecimiento del cerebro, decía que pronto moriría, etc.; luego ya se mezclaron unas ideas de persecución en el cuadro clínico, basadas en espejismos sensoriales, los cuales, sin embargo, inicialmente se presentaban más aislados, al par que imperaban un alto grado de hiperestesia y gran susceptibilidad a la luz y al ruido.

Luego se acumularon los espejismos visuales y auditivos, que, sumados a perturbaciones de la cenestesia, gobernaron todo su sentir y pensar; se daba por muerto y corrompido, por apestando, imaginaba que en su cuerpo emprendían toda clase de horribles manipulaciones; y, como él mismo lo declara todavía hoy, pasó por las cosas más terribles que se puedan imaginar, y las pasó en aras de un fin sagrado. Las inspiraciones patológicas reclamaban al enfermo a punto tal que, inaccesible a cualquier otra impresión, permanecía sentado durante horas totalmente absorto e inmóvil (estupor alucinatorio), y por otra parte lo martirizaban tanto que deseaba la muerte: en el baño hizo varios intentos de ahogarse y pedía el ‘cianuro que le estaba destinado’. Poco a poco, las ideas delirantes cobraron el carácter de lo mítico, religioso, mantenía trato directo con Dios, era juguete de los demonios, veía ‘milagros’, escuchaba ‘música sacra’ y, en fin, creía vivir en otro mundo (Freud, 1980, p. 14).

El 29 de junio es trasladado al asilo de Sonnenstein y allí se va estructurando su estado mórbido. Weber, el director de este asilo, en sus informes, sostiene que Daniel Paul va construyendo un artificioso sistema delirante de carácter místico religioso, al tiempo que va reconstruyendo su personalidad hasta parecer capacitado para una vida normal. En 1900 Weber hace un informe muy favorable, y 1900 es el año en que Daniel Paul comienza a escribir sus memorias e inicia una acción judicial para ser dado de alta.

En estas *Memorias de un enfermo nervioso* (Schreber, 1999), en su redacción y en lo que estas producen y dicen, me gustaría detenerme. Luego de su estupor alucinatorio, la “época santificada de mi vida” como la llamaba Daniel Paul, Schreber se pone a escribir sus Memorias en el año 1900 (Alcalde, 1999, p. 18), acto que lo emparenta con Christoph Haizmann, otro poseso (Freud, 1923d). En el año 1902 Daniel Paul relee y reelabora su escrito; es este mismo año en el que se le da el alta y se anula su incapacitación. En 1903 Daniel Paul publica sus Memorias. Octave Mannoni nos dice que vista desde fuera, la relación de Daniel Paul con su escrito no es delirante. Daniel Paul se ocupa de escribir y corregir, busca un editor (el mismo que editó a su padre), se preocupa de las consecuencias de su edición; es Mannoni quien nos llama la atención de la posición de ‘*Schreber als schreiber*’ es decir de Schreber como escritor (Mannoni, 1990, p. 61). Daniel Paul escribe sus Memorias a partir de unos diarios que había llevado durante su internación. Schreber había grafiado signos estenográficos en sus libretas,

situación que vemos en el libro de Daniel en el Antiguo Testamento, en el banquete de Baltazar. ¿Por qué decimos esto aquí?, porque entendemos que en el discurso religioso, discurso que Daniel Paul leyó, que abrevó en su familia, es donde Schreber encuentra la base para la autorización de su producción.

Daniel Paul puede escribir, puede escribir cuando no puede hablar, y cuando escribe, suprime la omnipotencia de Dios sobre su cuerpo. Mannoni nos plantea que Schreber está atrapado en la palabra (Mannoni, 1990, p. 64), por eso para este autor el rechazo de las voces es el rechazo a la emasculación como invasión del goce ajeno y a la vez es el intento de mantener su posición de sujeto. Más aún, Mannoni a partir de este dato clínico, que Daniel Paul escribe cuando no delira, encuentra una distancia terapéutica entre la posición de sujeto (desprotegido) y la de autor, y esta distancia la ve en relación a la palabra. Creo que en este punto decir autor no es sin consecuencias pues autor en alemán es *Verfasser*, que puede ser traducido como autor, pero también como concebidor, compositor, ordenador (Alcalde, 1999, p.20), es decir que la relación con la concepción se colige con facilidad, y esto lo veremos aparecer en el delirio de Daniel Paul, en relación a que él será el origen de una nueva raza de hombres. Pero no debemos olvidar que Schreber no delira lo que escribe, sino que escribe sobre lo que delira o deliró (Alcalde, 1999, p. 27).

La relación de Daniel Paul Schreber con la práctica de escribir es algo que precede a la enfermedad y a él mismo; sus antepasados escribían y escribir es el fundamento material de su subsistencia: como redactor de sentencias y por los derechos de autor de su padre, que él percibe (Alcalde, 1999, p. 19). El mismo tribunal de primera instancia que lo puso bajo curatela le reconocía su idoneidad para seguir redactando fallos (Schreber, 1999, p. 337 y 355). Los antepasados de Daniel Paul son escritores prolíficos que en sus obras tratan sobre la moral y las costumbres. Por eso no debe llamarnos la atención que Daniel Paul escriba sus *Denkwürdigkeiten eines Nervenkranken*. Ahora bien, Schreber no escribe una *Selbstbeschreibung* (autobiografía), *Erinnerungen* (recuerdos), *Memorien* (memorias), o un *Tagebuch* (diario), escribe *Denkwürdigkeiten* ‘cosas dignas de recuerdo’ propone Alcalde en su estudio (Alcalde,

1999, p. 26)³, ‘cosas dignas de ser pensadas’ propone Gonzalo Percovich (Percovich, 2015, p. 15), un memorial quizá, lo que nos acerca a un recordatorio y por qué no a un túmulo funerario. En la historia de Daniel Paul Schreber escritura y religión parecen ser cosas de familia.

La novela familiar de los neuróticos (Freud, 2003) es un artículo que Freud escribe en 1908 y publica en 1909 en donde da cuenta de una idea que lo ocupó durante mucho tiempo, y lo que nos interesa marcar es que al principio esto lo atribuía a los paranoicos en especial, como lo atestiguan las cartas a W. Fliess del 24/1/1897, 25/5/1897 y del 20/6/1898 (Freud, 1994). Daniel Paul pertenece a una familia luterana de gran cultura, donde la religión es muy importante; el propio Daniel Paul leyó a Lutero, siendo capaz de leer en griego y en otros idiomas. En la familia Schreber en cinco generaciones encontramos ocho varones por lo menos; de estos, siete llegan a la edad adulta. De estos siete varones cuatro son juristas, uno es pedagogo, dos son científicos en el campo de las ciencias naturales.

De estos ocho varones, siete se llaman Daniel, dándose el caso que todos aquellos que se desempeñan en la jurisprudencia se llaman Daniel. Los nombres de los hombres de esta familia son bíblicos o pietistas, a excepción de dos nombres segundos; los nombres de las mujeres en cambio son profanos, y hablando del nombre de las mujeres, ningún hijo hereda el nombre de la madre, excepto Daniel Paul. De estos siete varones, cinco se convierten en escritores, siendo el más famoso Daniel Gottlob Moritz, el padre de Daniel Paul, famoso médico ortopedista (Alcalde, 1999, p. 39), cuyas máquinas ortopédicas reaparecerán en el delirio de su hijo. Daniel Paul, su padre y su hermano, aquel que se suicidará a los 38 años (este hermano hereda el nombre del tío prematuramente muerto a los tres años), tienen los tres el mismo primer apelativo: Daniel. ¿Esta importancia del nombre es un efecto del psicoanálisis? Más bien es una preocupación de Daniel Paul (Schreber, 1999, p. 18). Este nombre ubica a Daniel Paul en una genealogía, pero también en una tradición. Las peripecias que el profeta Daniel, en el Antiguo Testamento sufre, parecen dar el sustrato de lo que Daniel Paul dice que le ocurre: Daniel tiene visiones, debe interpretar sueños, su nombre fue cambiado,

³ Dice Alcalde: "Pero eligió *Denkwürdigkeiten*, germanización que coexiste con *Memorabilien*, la que prolonga a su vez el latín *Commentarii* y se retrotrae al griego *hūpomnēmata*. Los de Jenofonte sobre Sócrates, precipuamente" (Alcalde, 1999, p. 26)

probablemente fue castrado. Cuando Lutero enfrentado al problema de la traducción debe dar cuenta de cuál era el estado de Daniel opta por *Kammerer* (camarero, camarlengo), salvo cuando el texto requiere ineludiblemente el empleo de la forma verbal; sólo en esos casos emplea *verschnitteter* (castrado). Este *Kammerer* no es ajeno a los orígenes de Daniel Paul, su bisabuelo, el primer Daniel de esa genealogía, se definía como *Kameralist*, profesión intraducible a ninguna lengua actual que designaba a un funcionario de una corte principesca experto en finanzas estatales; quizá por esto para Daniel Paul el nombre es el destino (*nomen=omen*), destino marcado por este epónimo, no olvidemos que Daniel en hebreo es ‘juez del señor’. Todo este substrato místico religioso lo encontramos en las Memorias de Daniel Paul. En 1903 estas Memorias son publicadas. En mayo de 1907 muere la madre de Daniel Paul, a los 92 años. Poco después la esposa sufre un ataque y él cae enfermo por tercera vez. El 27 de noviembre es internado en el asilo de Dösen y el 14 de abril de 1911 muere.

La interpretación de Freud

Cuando Freud propone los intentos de interpretación del texto de Schreber lo hace desde dos lugares: desde el delirio y desde la contracción de la enfermedad. Rápidamente, cuando Freud aborda las producciones delirantes de Schreber plantea que es el propio Daniel Paul quien nos da la clave, como en el ejemplo de los pájaros hablantes. Al leer la relación que Schreber hace de los pájaros de milagro Freud no puede dejar de pensar que esto refiere a unas muchachas jóvenes; esto se confirma pocas páginas después en las memorias. Freud, parafraseando a Hamlet, nos había dicho que buscaba algo de método en esta locura (Freud, 1980, p. 21), por eso quizá no debe sorprendernos que este autor proponga entender el trabajo de formación delirante (*Wahnbildungarbeit*) como análogo al *Traumarbeit* (trabajo del sueño). Es en esta línea que se ubica I. Vegh cuando nos dice

Las máquinas paternas, transformadas por el proceso primario y sometidas a la elaboración secundaria, son igualmente reconocibles en los delirios del hijo. Funcionan como restos de episodios traumáticos, no solo en su valor económico (en tanto que cantidad de energía imposible de ligar y sujeto por eso mismo a la repetición, según la primera teoría del trauma) sino que también atestiguan las

manipulaciones parentales que contribuyeron al fracaso de esa función mayor, determinante de la constitución del sujeto (Vegh, 1974, p. 88)

Como se ve, para Vegh las máquinas del padre aparecen en los síntomas del hijo.

El delirio primario que vemos en D. P. Schreber es el que refiere a la emasculación, el cual solo secundariamente entra en relación con la redención. Es en noviembre de 1895 que ocurre el nexo entre emasculación y redención. Freud rápidamente se da cuenta que lo persecutorio está desde el principio y que el perseguidor es un personaje que otrora fue amado y venerado. Este carácter persecutorio del delirio solo es borrado o corrido a partir del punto de inflexión de la enfermedad, lo que es llamado 'la reconciliación' (Freud, 1980, p. 36).

En relación a esto aparece claramente que el primer perseguidor es el doctor E. Flechsig; solo más tarde, cuando el delirio pasa a estar acorde con el 'orden de las cosas' es Dios quien ocupa el lugar persecutorio.

Lo que Freud propone para comprender esta situación es entender estas transferencias, y acá vemos que Freud no cede en darle estatuto transferencial a estas manifestaciones. Vemos que Freud propone ubicar al padre y al hermano mayor de Daniel Paul en relación a esa pareja persecutoria que forman Dios y Flechsig.

Propongo aquí ocuparnos de entender la transferencia porque el propio Daniel Paul es quien nos muestra que la única alma que conserva su significación hasta el final es la del doctor Flechsig: Flechsig será el encargado de perpetrar el 'almicidio'. Esto no aparece explicitado, pero leyendo el texto no queda otra opción: el almicidio consiste en ser entregado a un hombre para que este abuse sexualmente de Daniel Paul (Freud, 1980, p. 42). La única indicación, y muy lateral por cierto, que da Schreber está en las referencias a Goethe y a Byron donde el 'almicidio' sería un incesto entre hermanos (Freud, 1980, p. 42). Lo que importa rescatar de esto es que este sacrificio de Daniel Paul, que le permite ubicarse en serie con Jesucristo, le permitirá a Schreber acceder a la bienaventuranza, término que en alemán se dice *Seligkeit*, palabra que en este idioma condensa (y no olvidemos el mecanismo del sueño) los dos principales significados de este término, que son 'difunto' y 'sensualmente dichoso' (Freud, 1980, p. 29).

Pero Freud también en sus intentos de interpretación había propuesto acercarnos desde la contracción de la enfermedad: para Freud la base de la contracción de la

enfermedad es el estallido de una moción homosexual (Freud, 1980, p. 43), para este autor, un avance de libido homosexual fue el ocasionamiento de esta afección.

Recordemos el sueño de Daniel Paul: sería hermosísimo ser una mujer sometida al acoplamiento (Freud, 1980, p. 40); este sueño fue tenido junto a otros donde sufría una vuelta a la enfermedad. Freud se apoya en un recuerdo de este paciente en el cual este relata una ocasión donde experimentó seis poluciones en una sola noche, número inusualmente alto y que Freud adjudica a la ausencia de la esposa de Schreber, habría sido esta ausencia la que habilitó las fantasías homosexuales inconscientes (Freud, 1980, p. 43). Como expresé antes, Freud no cede en su hipótesis transferencial (Freud, 1980, p. 44), y entiendo que es este punto en el que se apoya O. Mannoni cuando nos remarca que no debemos olvidar que el padre de Daniel Paul era médico y que en este punto la transferencia con Flechsig estaría facilitada. Paul Emil Flechsig era neurólogo (recordemos: *Nervensprache*), y es este doctor quien en 1893 se propone proporcionarle a su paciente un ‘sueño fecundo’ nos dice Mannoni (1990, p. 70). Es por esta razón que otro analista, J. A. Miller, plantea que la transferencia es la ocasión, no la causa, del desencadenamiento. Apoyándose en estas ideas es que Miller se permite un interesante silogismo: si planteamos que existe transferencia, y la transferencia se apoya en un supuesto saber, es ese saber del Otro, en este caso Flechsig, la ocasión del desencadenamiento de la psicosis (Miller, 1994, p. 142).

Volvamos a Freud, este nos dice: “nuestra tarea es entramar el surgimiento de una fantasía de deseo con una frustración” (Freud, 1980, p. 53), y poco más adelante nos dice que Daniel Paul no tuvo hijos (Freud, 1980, p. 54). Poco antes Freud nos había dicho que ‘el ser humano oscila entre un sentir heterosexual y uno homosexual, y una frustración o desengaño en un lado suele esforzarlo hacia el otro (Freud, 1980, p. 43). ¿Cómo dar cuenta de este conflicto planteado? Quizá la emasculación sea una buena pista; esta emasculación acorde al orden del universo, nos dice Freud, es el expediente que satisface a las dos partes en pugna: el yo y la fantasía de deseo femenina (Freud, 1980, p. 45). Pero “el miramiento por la realidad efectiva, entretanto fortalecido, constriñe a desplazar la solución al remoto futuro, a contentarse con un cumplimiento de deseo por así decir asintótico” (Freud, 1980, p. 45); la satisfacción no llegará nunca. Como vemos Flechsig aparece en serie con el padre de Daniel Paul, Daniel Gottlob, que también era médico,

por eso no nos llama la atención el escarnio al médico que Daniel Paul inflige cuando dice que solo trata con cadáveres (Freud, 1980, p. 49) al referirse a Dios: para Freud, Dios era un subrogado del padre, Flechsig del hermano mayor (Freud, 1980, p. 47); la crítica blasfema y la rebeldía junto a una respetuosa devoción que vemos en Daniel Paul se explicarían por su relación a este padre (Freud, 1980, p. 48). Como corolario de estos intentos de interpretación podríamos traer la cita de Freud que dice que “la paranoia fragmenta, así como la histeria condensa o más bien la paranoia vuelve a disolver las condensaciones e identificaciones emprendidas en la fantasía inconsciente”, idea que ya le había comunicado a W. Fliess en su carta del 9/12/1899 (Freud, 1980, p. 48).

Una gramática de la paranoia

Cuando Freud se dedica a explicar el mecanismo paranoico trata de encontrar la especificidad de dicha estructura y se propone dos líneas de trabajo: una que se centra en la particular forma de manifestarse de los síntomas, o más específicamente en el mecanismo de la formación de síntoma y otra que apunta a la represión (Freud, 1980, p. 55). Freud dice, y para hacerlo se apoya en Jung y Ferenczi, que el delirio de persecución es la defensa frente a una fantasía de deseo homosexual (Freud, 1980, p. 55), es así que coloca en el centro del conflicto patológico la defensa frente al deseo homosexual, y como en este punto todos los casos por él conocidos habrían fracasado en dominar su homosexualidad rechazada desde lo Inconsciente. Pero en este punto Freud no se engaña y plantea que sobre el complejo paterno y sobre la fantasía central de deseo no hay nada en la paranoia que la diferencie de otras neurosis, lo que nos permite discutir la tesis que enlaza paranoia con homosexualidad a partir de un planteo del propio Freud. Lo que sí es llamativo en la paranoia son las mortificaciones y el relegamiento social, en este punto el delirio paranoico descubre el vínculo de la vida social con el erotismo. Es por esta causa que Freud se propone entender la relación del erotismo homosexual con el narcisismo - narcisismo que Freud propone entender como una colocación de la libido que ocurre dentro del desarrollo regular del hombre (Freud, 1979c, p. 71), lo que despatologiza la cuestión - y para dar cuenta de esta articulación apelará al concepto de fijación (Freud, 1980, p. 57). Freud nos dice: “los paranoicos procuran defenderse de una sexualización

así de sus investiduras pulsionales sociales”; y Freud propone: “la fijación ha de buscarse en el tramo entre autoerotismo, narcisismo y homosexualidad” (Freud, 1980, p. 58). Antes habíamos dicho que Freud intenta encontrar algo de método en esta locura, y ante esto es que postula que todas las formas principales de la paranoia pueden figurarse como unas contradicciones a una sola frase: YO LO AMO.

El primer caso que Freud aborda es el del delirio de persecución, y dice que allí la contradicción sería: yo no lo AMO - pues yo lo odio.

¿Cómo ocurre esto? “El mecanismo de la formación de síntoma en la paranoia exige que la percepción interna, el sentimiento, sea sustituida por una percepción de afuera” (Freud, 1980, p. 59). Freud propone una mudanza por proyección. Esa frase, por proyección, se muda en: yo no lo amo - pues yo lo odio - porque él me persigue, y recordemos que el perseguidor es el otrora amado. El segundo ejemplo que toma Freud es el de la erotomanía: yo no LO amo - pues yo LA amo. Aquí la proyección estaría jugada en que sería ella quien me ama, lo que daría como resultado: yo no lo amo - yo la amo - porque ella me ama. El tercer caso es el de la celotipia, y para su abordaje Freud propone dos ejemplos diferentes para el hombre y para la mujer. Para el hombre pone el ejemplo del alcohólico, donde veríamos: no YO amo al varón - es ella quien lo ama; para las mujeres la frase diría no YO amo a las mujeres - sino que él las ama. Como se ve, el intento freudiano es el de despejar una lógica que permita comprender el fenómeno paranoico, y es por eso que dice:

[...] se creería que una frase de tres eslabones como ‘yo lo amo’ admitiría sólo tres variedades de contradicción. El delirio de celos contradice al sujeto, el delirio de persecución al verbo, la erotomanía al objeto. Sin embargo, es posible además una cuarta variedad de la contradicción, la desautorización en conjunto de la frase íntegra: ‘yo no amo en absoluto, y no amo a nadie’ y esta frase parece psicológicamente equivalente-puesto que uno tiene que poner su libido en alguna parte- a la frase: ‘yo me amo sólo a mí’ (Freud, 1980, p. 60).

Este cuarto ejemplo sería el de la megalomanía, que podemos entender como “una sobreestimación sexual del yo propio y, así, poner en paralelo con la consabida sobreestimación del objeto de amor” (Freud, 1980, p. 60). Freud nos dice que la megalomanía colorea las otras tres formas anteriormente mencionadas, porque el delirio de grandeza es enteramente infantil.

En relación al mecanismo de la formación de síntoma, Freud dice que en la paranoia es llamativa la proyección, en donde una percepción interna es sofocada y como sustituto de ella adviene a la conciencia su contenido, luego de experimentar cierta desfiguración, como una percepción de afuera. En este punto podemos ver cómo el modelo de la primera tópica comienza a ser insuficiente para dar cuenta de algunos problemas clínicos y como empieza a esbozarse la segunda tópica. Pero volviendo a la proyección, Freud ve que esta no es una manifestación privativa de la paranoia, ya que la reconoce en otras estructuras. Por esta razón es que Freud dice que “la modalidad del proceso represivo se entrama de manera más íntima que la modalidad de la formación de síntoma con la historia de desarrollo de la libido y con la predisposición dada en ella” (Freud, 1980, p. 62). Hablando de la represión, en este texto es que Freud señala tres fases de la misma, idea que con leves modificaciones retomará en su artículo de 1915; estas tres fases son: la fijación, la represión y el retorno o irrupción de lo reprimido: “tal irrupción se produce desde el lugar de la fijación y tiene por contenido una regresión del desarrollo libidinal hasta ese lugar” (Freud, 1980, p. 63). Entonces lo que consideramos la producción patológica, la formación delirante, es el intento de restablecimiento, la reconstrucción. ¿Qué había sucedido? El enfermo había sustraído de los objetos la investidura libidinal “el sepultamiento del mundo es la proyección de esta catástrofe interior; su mundo subjetivo se ha sepultado desde que él le ha sustraído su amor” (Freud, 1980, p. 65). El mudo proceso de la represión, en la paranoia se produce por el camino de la proyección; lo cancelado adentro retorna desde fuera (Freud, 1980, p. 66). En la paranoia la libido liberada se vuelca al yo, se aplica a la magnificación del yo (Freud, 1980, p. 67). Por último Freud dice: “supondremos que los paranoicos conllevan una fijación en el narcisismo y declaramos que el retroceso desde la homosexualidad sublimada hasta el narcisismo indica el monto de la regresión característica de la paranoia” (Freud, 1980, p. 67). Para finalizar esta parte de su exposición, Freud no cede en su distinción entre dos tipos de pulsiones, punto teórico que lo llevará a su ruptura con Jung; y lo más curioso es la defensa de su prioridad teórica sobre el delirio schreberiano, punto que quizá quede mejor iluminado a la luz de la correspondencia de Freud en esa época, donde el tema de la paranoia estaba en el centro de las preocupaciones de Freud y sus corresponsales, y donde la relación de Freud y Fliess

volvió a ser puesta sobre la mesa; es por ese entonces que Freud manifiesta haber triunfado allí donde el paranoico fracasa.

Schreber y la identificación

Lacan dedica su tercer seminario, *Las psicosis* (Lacan, 1993), a leer detenidamente las *Denkwürdigkeiten eines Nervenkranken* de Daniel Paul Schreber. En ese momento la preocupación de Lacan pasa por conceptualizar el mecanismo que dé cuenta de la organización a la manera de la psicosis del aparato psíquico y su propuesta tendrá que ver con su original traducción de *Verwerfung* como *forclusión*, siendo este último un término del Derecho Procesal francés. Pero el tema a tratar aquí más que la psicosis, es la identificación, a partir de lo que Schreber puede hacernos pensar.

Por ello aquí nos detendremos en el noveno seminario público de Lacan, conocido como *La identificación* (Lacan, 1961-62) el que no destaca por sus alusiones a la obra de Schreber. Solo hay una referencia indirecta a él, la que nos lleva al tema de la verdad en sus relaciones con el ser y la muerte (Lacan, 1961-62, p. 25). Entonces quizá sea mejor ir desde Schreber al seminario de Lacan, y no a la inversa. Schreber nos dice:

De manera especial me he ocupado, movido por la compulsión a pensar, de cuestiones etimológicas, que ya antes, en la época en que estaba sano, habían atraído mi interés.

Al cierre de esta exposición, puede venir bien un ejemplo que acaso contribuya a aclarar mejor lo dicho. Elegiré un hecho muy simple, que me proporciona un hombre conocido por mí, de apellido Schneider. Si yo veo a dicha persona, involuntariamente surge, como es natural, el pensamiento: “Este hombre se llama Schneider” o “Es el señor Schneider”. Después de formado este pensamiento, resuena en mis nervios un “Porque solo” o “Por la razón de qué”. Si tal pregunta, con este contexto, estuviera dirigida por un hombre a otro, dentro de la relación humana usual, la respuesta verosímilmente rezaría: “¿Por qué? ¡Qué pregunta tan tonta; el hombre sencillamente se llama Schneider!”. Pero mis nervios no pueden, o por lo menos no podían, comportarse habitualmente frente a estas preguntas de esa manera, consistente en el simple rechazarlas. Pierden la paz no bien se les plantea la pregunta de por qué el hombre es el señor Schneider o se llama señor Schneider. La pregunta por la causa, que en este momento es ciertamente muy extraña, los sigue preocupando involuntariamente a partir de ese momento –en especial por su muy frecuente reiteración–, hasta que algo imprime otro rumbo a su pensamiento. Puede suceder entonces que mis nervios sean llevados inmediatamente a la respuesta: Sí, el hombre se llama Schneider porque también su padre se llamó Schneider. Pero mis nervios no alcanzan verdadero sosiego con esta respuesta trivial. Con

ella se encadena un nuevo proceso de pensamiento acerca de las razones por las cuales se introdujeron los apelativos entre los hombres; sobre las formas con que aparecieron en distintos pueblos y en distintas épocas, y sobre los distintos aspectos (rango, linaje, cualidades corporales específicas, etcétera) de donde fueron preferentemente tomados. Es así como una percepción sumamente simple se convierte, bajo la presión de la compulsión a pensar, en punto de partida para un trabajo intelectual de gran amplitud, que en la mayoría de los casos no resulta enteramente infructuoso. (Schreber, 1999, p. 217).

Schreber se pregunta por la función que los nombres propios realizan, y esta pregunta es una de las cuales Lacan aborda en su noveno seminario público. Como señala Moustapha Safouan la característica del nombre propio está siempre más o menos ligada a su unión, no con el sonido, sino con la escritura (Safouan, 2003, p. 186).

Una prueba de ello es que lo que buscamos cuando somos criptografistas o lingüistas es discernir en el texto indescifrable algo que bien podría ser un nombre propio, porque lo que distingue a un nombre propio, pese a pequeños vestigios de convenciones (se llama a *Koln* Colonia), es que de una lengua a otra se conserva en su estructura -sonora sin duda-. Pero esta estructura sonora del *name* se distingue justamente entre todas las otras por el hecho de que debemos respetarla, y esto debido a la afinidad del nombre propio con la marca, con la unión directa del significante con cierto objeto. Pero entonces, ¿no caemos en el *Word for particular*, definición del nombre propio según Bertrand Russell? Lacan sostiene que no se trata de eso, "porque en el intervalo se sitúa justamente toda la cuestión del nacimiento del significante a partir de eso de lo que es el signo" (Safouan, 2003, p. 187)

Precisamente es ese intervalo el que le interesa a Lacan, porque "el *significante*, al revés del signo, no es lo que representa algo para alguien, *es lo que representa precisamente al sujeto para otro significante*" nos propone este autor en la sesión del 6 de diciembre de 1961 de su seminario (Le Gaufey, 2010, p. 59). El significante toma su valor por la posición que ocupa en la cadena discursiva, y por definición esta posición se marca a partir de un valor diferencial: puede ocupar diferentes posiciones, pero será una a la vez. Por eso, en el enunciado 'mi abuelo es mi abuelo', el significante abuelo tiene diversos valores en una posición y en la otra, en una es la función, en otra quien la lleva adelante; de allí el comentario sobre la tautología que Lacan propone para discutir la idea 'A es igual a A' (Lacan, 1961-62, p. 5). Lacan llega a esta definición luego de haberse topado en la sala Piette del museo Saint Germain con un hueso de reno de entre 17.000 y 20.000 años de antigüedad con una serie de muescas, lo que inmediatamente le hace pensar que esas marcas, que algo querían decir, carecen de un referente (Le Gaufey,

2010, p. 57). Si bien su mensaje original lo desconocemos, no dejan de ser significantes. Estas marcas, estos trazos en el hueso le permiten a Lacan pensar el *einzigster Zug* (rasgo unario) freudiano propuesto en *Psicología de las masas y análisis del yo*. En ese texto propone la identificación al rasgo para comprender lo que sería la formación del ideal del yo (Freud, 1979a, p. 100).

Esa modalidad identificatoria propuesta por Freud en ese texto venía siendo pensada por Lacan desde el final de su seminario anterior, en tanto en la última sesión del mismo está pensando que “todo analista debe ausentarse de todo ideal del analista” (Lacan, 2003, p. 428). Vemos así que la preocupación de Lacan se halla en poder pensar un tipo de identificación despojada de lo imaginario, en tanto la identidad al rasgo es diferente a la identidad al ideal, el primero es despojado, el segundo es pleno, podemos decir que el primero es unario, el segundo uniano (en un sentido plotiniano). Como vemos, la preocupación sobre la posición del analista en la dirección de la cura es la que dirige el interés de Lacan a estas cuestiones. Lacan está tratando de superar una concepción del fin de análisis entendido como una identificación con el analista, y de allí su esfuerzo de evitar ocupar ese lugar fálico en el trabajo analítico. En esa sesión del 28 de junio de 1961 del seminario *La transferencia en su disparidad subjetiva, su pretendida situación, sus excursiones técnicas* (Lacan, 2003), la última del mismo, Lacan, para graficar su noción de falo, como ese significante del deseo, o de la falta, apela al mito del nacimiento de Afrodita para comentar un artículo de Karl Abraham. En este artículo Abraham propone que las investiduras de objeto toman su energía de los niveles más bajos de la libido narcisista del sujeto, es decir, es desde lo menos investido en el propio sujeto. Esta dialéctica libidinal entre libido narcisista y objetal es la que le permite idear al falo como ese significante del punto en que el significante desfallece, y su apuesta es a pensar una identificación que no se apoye en la semejanza, sino en la diferencia y la repetición, en tanto en la repetición algo se presenta en el lugar de lo reprimido (o desmentido o forcluido), en tanto eso reprimido es un significante, o como diría Freud, un *Vorstellungrepräsentanz* representante de la representación.

Entonces, si volvemos a Schreber y su interés por los nombres propios, vemos que esta función del significante (y recordemos que el falo es un significante) recuerda la función del nombre propio, en tanto su naturaleza radical es del orden de la letra tal como

la encontramos en lo inconsciente. La manera en que esas escrituras se organizan y toman cuerpo sin duda nos permitirán aprender, en Schreber y en otros, como es que estos procesos identificatorios ocurren.

Referencias bibliográficas

ALCALDE, R. (1999) Estudio preliminar. En: SCHREBER, D. P. *Memorias de un enfermo nervioso*. Buenos Aires: Perfil. pp. 15-49.

CALASSO, R. (1994) Nota sobre los lectores de Schreber. En (1994) *Los cuarenta y nueve escalones*. Barcelona: Anagrama.

CANCINA, P. (1992) *El dolor de existir... y la Melancolía*. Rosario: Homo Sapiens.

CANETTI, E., (2009) *Masa y poder*. Barcelona: Alianza.

FERNÁNDEZ CARBALLO, A. M. (2014) Del aprendizaje en su inquietante extrañeza. En: FERNÁNDEZ CARBALLO, A. M. (Org.) *El aprendizaje en cuestión*. Montevideo: ediciones de la fuga. pp. 21-42.

FREUD, S. (1979a). Psicología de las masas y análisis del yo. En J. STRACHEY (comp.) *Sigmund Freud. Obras completas*. Traducción de J. L. Etcheverry, Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores, pp. 67-136. Publicación original 1921.

FREUD, S. (1979b). Una neurosis demoníaca en el siglo XVII. En J. STRACHEY (comp.) *Sigmund Freud. Obras completas*. Traducción de J. L. Etcheverry, Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu Editores, pp. 73-106. Publicación original 1923.

FREUD, S. (1979c). Introducción del narcisismo. En J. STRACHEY (comp.) *Sigmund Freud. Obras completas*. Traducción de J. L. Etcheverry, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores, pp. 71-98. Publicación original 1914.

FREUD, S. (1979d). La represión. En J. STRACHEY (comp.) *Sigmund Freud. Obras completas*. Traducción de J. L. Etcheverry, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores, pp. 141-152. Publicación original 1915.

FREUD, S. (1979e). El yo y el ello. En J. STRACHEY (comp.) *Sigmund Freud. Obras completas*. Traducción de J. L. Etcheverry, Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu Editores, pp. 13-66. Publicación original 1923.

FREUD, S. (1979f). Neurosis y psicosis. En J. STRACHEY (comp.) *Sigmund Freud. Obras completas*. Traducción de J. L. Etcheverry Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu Editores, pp.155-160. Publicación original 1924.

FREUD, S. (1979g). La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis. En J. STRACHEY (comp.) *Sigmund Freud. Obras completas*. Traducción de J. L. Etcheverry, Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu Editores, pp.193-198. Publicación original 1924.

FREUD, S. (1980). Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (*dementia paranoides*) descrito autobiográficamente En J. STRACHEY (comp.) *Sigmund Freud. Obras completas*. Traducción de J. L. Etcheverry, Tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu Editores, pp. 11-76. Publicación original 1911.

FREUD, S. (1981a). Las neuropsicosis de defensa. En: J. STRACHEY (comp.). *Sigmund Freud. Obras completas*. Traducción de J. L. Etcheverry Tomo III, Buenos Aires: Amorrortu Editores, pp.29-42. Publicación original 1894.

FREUD, S. (1981b). Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa. En J. STRACHEY (comp.). *Sigmund Freud. Obras completas*. Traducción de J. L. Etcheverry. Tomo III. Buenos Aires: Amorrortu Editores, pp. 143-158. Publicación original 1896.

FREUD, S. (1994). *Cartas a Wilhelm Fließ*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

FREUD, S. (2003). La novela familiar de los neuróticos. En J. STRACHEY (comp.). *Sigmund Freud. Obras completas*. Traducción de J. L. Etcheverry. Tomo IX. Buenos Aires: Amorrortu Editores, pp. 217-221. Publicación original: 1909.

GARCÍA, E. (1997). Reflexiones a partir de un recorte en la vida de Daniel Paul Schreber. En: BAFICO, J. (Comp.) *Manifestaciones de las Psicosis*. Montevideo: Roca Viva. pp. 133-158.

LACAN, J. (1961-62). *La identificación*, seminario inédito, versión de Ricardo Rodríguez Ponte, para circulación interna de la E.F.B.A., Buenos Aires: sin fecha de edición.

LACAN, J. (1981). *El Seminario. Libro 20. Aún*. Barcelona: Paidós.

LACAN, J. (1993). *Las psicosis*. Buenos Aires: Paidós.

LACAN, J. (2003). *El Seminario. Libro 8. La transferencia*. Buenos Aires: Paidós.

LACAN, J. (2007). *Apertura de La sesión clínica*. México: Grapas de *Me cayó El veinte*.

LE GAUFEY, G. (2010). *El sujeto según Lacan*. Buenos Aires: Ediciones Literales.

MANNONI, O. (1990). *La otra escena*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

MILLER, J. A. (1993). *Psicosis y psicoanálisis*. Buenos Aires: Manantial.

MILLER, J. A. (1994). *Matemas I*. Buenos Aires: Manantial.

PERCOVICH, G. (2015). Acontecimiento Schreber. *Me cayó el veinte*, n° 32, pp. 9-22.

SAFOUAN, M. (2003). *Lacaniana*. Buenos Aires: Paidós.

SCHATZMAN, M. (1999). *El asesinato del alma*. México: Siglo XXI.

SCHREBER, D. P. (1999). *Memorias de un enfermo nervioso*. Buenos Aires: Perfil.

VEGH, I. (1974). El caso Schreber y la función del padre. *Cuadernos Sigmund Freud*, n°4, pp. 70-95.

VILLALBA, A. (2012). Sobre la posibilidad relativa de la enseñanza según la noción de sujeto en psicoanálisis. *Didáskomai. Revista de Investigaciones sobre la Enseñanza*, N° 3, pp.111-122.